

UN VIAJERO AMANTE DEL ARTE

Patricia GALEANA

Conocí a Jorge Carpizo en el estacionamiento de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1969. Diego Valadés y Jorge Montañó hacían constantes referencias a su amigo, así que me dio gusto conocerlo. Me saludó con una amplia y sincera sonrisa; nos simpatizamos; no solo contribuí a que estrechara su amistad con Diego, sino que llegamos a ser sus hermanos adoptivos. Así se refería a nosotros públicamente.

En nuestras conversaciones siempre hacía comentarios profundos y serios, que contrastaban con su vehemencia en la argumentación y su risa inconfundible y contagiosa.

Íbamos frecuentemente a su casa. Conocí a sus padres. Don Óscar era un ser afable y cariñoso, magnífico *gourmet*. Había viajado por todo el mundo, y conocía los mejores restaurantes de cada lugar que había visitado. Seguramente de él heredó Jorge su gusto por los viajes y la buena mesa. Fue un viajero incansable; hicimos muchos viajes juntos, desde Atitlán y Antigua en Guatemala hasta Persépolis y Pasargada en Irán. Era el mejor compañero de viaje, estudiaba previamente cada sitio que había que visitar, y no necesitábamos guía, porque él sabía todo como si ya lo conociera. También identificaba el lugar donde se comía mejor.

Uno de los sitios más impresionantes y bellos que he conocido en mi vida ha sido Persépolis. Recuerdo que aun cuando estaba embarazada y con síntomas de hepatitis, que me confirmaron después en El Cairo, quise regresar a recorrer sus ruinas, y Jorge tuvo el mismo deseo. Pudimos ver con todo detalle los preciosos bajorrelieves de la leona herida y los arqueros, entre otros; caminamos por sus escalinatas hasta que oscureció.

Siendo Diego y yo ateos, invitamos a Jorge a que fuera el padrino laico de nuestra hija mayor, Jimena, firmando como testigo en su acta de nacimiento. Fue un padrino de verdad. Siempre se ocupó de Jimenita, como solía decirle con cariño. La recordó incluso en su testamento, legándole uno de sus bellos jarrones de porcelana. Jorge era un amante del arte. Su colec-

ción de pintura, y sobre todo de porcelanas y las más bellas artesanías de todo el mundo, convirtieron su casa en un verdadero museo.

En estas líneas de recordación de este gran ser humano quiero hacer mención especial de su señora madre, doña Luz María MacGregor. Tuve el privilegio de ser su amiga. “Lucerito”, como le decíamos con cariño; era una mujer excepcional, de inteligencia brillante y fortaleza de carácter; poseía una amplia cultura, y era también amante del arte.

Anfitriona ejemplar, en su casa se disfrutaba del arte culinario de Campeche, y también de inolvidables veladas musicales. Jorge heredó las virtudes y gustos de su madre. En su casa se siguió disfrutando la tradicional cocina campechana con las recetas de doña Luz elaboradas por Mariquita, así como de las veladas musicales con Manolita Alegría, en las que cantábamos las canciones preferidas de Jorge, como “Incertidumbre”.

Este viajero amante del arte tuvo dos grandes pasiones en su vida, su amor por México y por su universidad histórica: la UNAM.

Me tocó vivir de cerca su rectoría en la UNAM. Su toma de posesión en la explanada junto a la Facultad de Derecho fue muy emotiva. Su discurso hizo que se me humedecieran los ojos. Quería transformar a la máxima casa de estudios de su patria. El diagnóstico de los problemas que padecía la institución lo presentó con el nombre de *Fortaleza y debilidad de la UNAM*, mismo que despertó todo el apoyo de la sociedad.

Lamentablemente, no pudo culminar las reformas, que mucho bien habrían hecho a nuestra alma máter. Otras responsabilidades le depararía el futuro, donde seguiría sirviendo a su país. Había sido abogado de la UNAM, y lo sería de la nación, y después secretario de Gobernación, así como fundador de la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Fui su colaboradora en la UNAM y en Gobernación. En la Universidad me encargó primero la subdirección de Intercambio Académico, donde tuve la oportunidad de trabajar con las universidades públicas de los estados de la República para fortalecer el carácter nacional de nuestra Universidad, al tiempo que se coadyuvaba el desarrollo de las instituciones estatales. Después me designó para la dirección de Intercambio Académico. Esta oficina, fundada por José Vasconcelos, con la convicción de que toda universidad tiene que mantener relaciones con el mundo, lamentablemente había sufrido recortes presupuestales desde antes de la llegada de Jorge a la rectoría. Ya no se estaban dando las becas que se otorgaban a los países latinoamericanos para que se formaran en México a sus grupos dirigentes. Jorge estuvo de acuerdo en que en lugar de dar una que otra beca a los países de nuestra región, nos concentráramos en nuestras fronteras. Así que dimos todas las becas posibles a Guatemala y en el Caribe a Cuba. Con ese motivo tuve

oportunidad de viajar varias veces a estos países hermanos. Uno de estos viajes fue acompañando al rector Carpizo a La Habana. De esta forma conocí a los líderes de la revolución cubana. Ya había conocido a Fidel Castro, y en ese viaje pude conversar con Carlos Rafael y con el Gallego. Fue una experiencia histórica, fue como si conociera a la gente de Carranza y de Obregón; eran los protagonistas de la revolución armada que habían tomado el poder, cambiando todas las estructuras del Estado. También conocí a los responsables de la educación del pueblo cubano, los que habían acabado con el analfabetismo, a los científicos que habían producido el interferón y, desde luego, a Rojas, el rector de la Universidad de La Habana. Fue una jornada memorable.

Posteriormente, cuando estaba yo al frente de la Academia diplomática mexicana, el Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, gracias a la designación de Fernando Solana, pocos meses antes de terminar el sexenio, recibí una llamada de Jorge. Me dijo que iba a acabar el gobierno, y el Archivo General de la Nación (AGN) estaba acéfalo. En efecto, su directora se había ido a la campaña de Luis Donaldo Colosio. En esas condiciones, Jorge me dijo que para una historiadora era importante estar en el archivo más importante de México aunque fuera unos meses. Ya había yo tenido la experiencia de dirigir el Archivo Histórico Genaro Estrada de la cancillería mexicana, y aun cuando era para mí muy difícil dejar al Matías Romero, donde había logrado establecer el posgrado para nuestros diplomáticos, le entregué mi renuncia al entonces canciller, Manuel Tello, quien no la quería aceptar, hasta que le dije que ya Jorge había hablado con el presidente del cambio. Fue así que llegué al AGN. Estaba yo en uno de los congresos nacionales de archivistas, cuando una de mis colaboradoras, atónita, me pasó una tarjeta al presidium: Jorge había presentado su renuncia a la Secretaría de Gobernación. Así era él, firme e intransigente en sus principios.

Después pude visitarlo cuando fue embajador de México en Francia y admirar con él las espléndidas pinturas de Ángel Zárraga en la embajada. Disfrutó su estancia en la ciudad Luz, conocía al dedillo la historia de Francia y amaba su cultura.

Tal cariño y confianza le tuve a Jorge, que cuando Diego y yo decidimos hacer nuestro testamento, él aparecía como el albacea y como tutor de nuestros hijos. A nadie más que a él podíamos encargarle nuestro patrimonio y a nuestros hijos. Pero increíble e intempestivamente se fue cuando estaba en la plenitud de su madurez. Diego fue a llevarle unas películas al hospital para la noche que pasaría después de una operación menor, pero se encontró con la terrible noticia; nuestro querido Jorge, nuestro hermano y compadre, había tenido una reacción alérgica al antibiótico suministrado

antes de la operación y no lo pudieron sacar del shock anafiláctico. Fue una partida injusta en todos sentidos, tenía mucha vida por delante y mucho que hacer. Todavía hoy no podemos creer que no está aquí, escucho su risa, y parece que fue ayer cuando le conocí. Vivimos tantas cosas juntos, siempre lo llevaremos en el pensamiento y en el corazón.